

BIENAVENTURADOS LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. (Mt 5, 9)

En tiempos de Jesús, Israel estaba bajo el dominio del imperio romano. Los políticos y militares hablaban abundantemente de «la paz romana». ¿A qué paz se refería Jesús al proclamar las bienaventuranzas? Las expectativas de sus discípulos muestran con claridad que ellos esperaban la liberación y la restauración del reino de Israel. Los discípulos de Emaús habían seguido a Jesús con la esperanza de «que él iba a liberar a Israel». (Lc 24, 21). Y después de su resurrección, los que se habían reunido en torno a él, le preguntaban: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?» (Hch 1, 6)

La carta a los efesios, por su parte, afirma: «Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la hostilidad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca». (Ef 2, 13-17)

«La paz romana» era una paz impuesta por la fuerza; pero no respondía a la aspiración honda de los pueblos ni al deseo del corazón humano. Cierto, las personas desean en lo más profundo de sí mismas la paz; pero no aceptan la paz impuesta por las armas. Por ello siguen anhelando y trabajando por la liberación. El muro de la enemistad y de la hostilidad perdura y se acrecienta cuando se impone «la paz de los cementerios», esto es, cuando se aplasta la originalidad y libertad de los pueblos.

«La paz de Jesús» es radicalmente diferente: no brota de la fuerza de las armas, sino de la cruz, esto es, del poder del amor. No es imposición, sino gracia. Es una nueva creación. De los dos pueblos irreconciliables brota «el hombre nuevo». El muro de la enemistad y de la hostilidad son abatidos mediante la cruz. La paz es reconciliación e integración de forma que la paz alcanza a todos. No hay vencedores y vencidos. Es la paz mesiánica. Surge así una nueva relación entre Dios y la humanidad y los pueblos entre sí.

Cierto, todos desean la paz en lo más hondo de su ser; pero son muchos los que ignoran el camino que conduce a ella. La paz verdadera es don. Y para acogerlo es necesaria una real iluminación del corazón. Recordemos las lágrimas de Jesús ante la ciudad de Jerusalén. «Al acercarse y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía: “¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos”». (Lc 19, 41-42) Por ello necesitamos conocer mejor la paz en la que estamos llamados a trabajar, si de verdad queremos ser hijos de Dios. El Hijo fue enviado al mundo en una carne semejante a la nuestra, para llevar a cabo lo anunciado por el profeta. Hacer justicia a los pobres y establecer la paz y llenar el mundo del conocimiento del Señor fue, es y será la misión del Mesías en el Espíritu.

Pero brotará un renuevo del tronco de Jesús, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento, espíritu de consejo y

fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor. Lo inspirará el temor del Señor. No juzgará por apariencias ni sentenciará de oídas; juzgará a los pobres con justicia, sentenciará con rectitud a los sencillos de la tierra; pero golpeará al violento con la vara de su boca, y con el soplido de sus labios hará morir al malvado. La justicia será ceñidor de su cintura, y la lealtad, cinturón de sus caderas. Habitará el lobo con el cordero, el leopardo se tumbará con el cabrito, el ternero y el león pacerán juntos: un muchacho será su pastor. La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas; el león como el buey, comerá paja. El niño de pecho retoza junto al escondrijo de la serpiente, y el recién destetado extiende la mano hacia la madriguera del áspid. Nadie causará daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el país del conocimiento del Señor, como las aguas colman el mar. (Is 11, 1-9)

Los discípulos del Mesías, del reino de Dios, por tanto, estamos llamados a trabajar por la paz; pero por la paz proveniente del Señor y no del más fuerte según los criterios del mundo. Vamos, por tanto, a meditar sobre el sentido de la paz del Mesías pobre y de los pobres, así como el camino a recorrer tras sus huellas.

I.- LA PAZ: CARACTERÍSTICA DE LOS TIEMPOS MESIÁNICOS.

El deseo de la paz atraviesa la oración de los salmos; y la promesa de la paz (SHALOM, EIRENE) determina el mensaje profético. El deseo y la promesa proyectan al pueblo hacia los tiempos mesiánicos. En el saludo del Resucitado a sus discípulos confluye el deseo de la humanidad y la realización plena del mensaje profético. «Paz a vosotros» (Jn 20, 19.21.26) El saludo se entiende desde el anuncio: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo». (14, 27) «Os he hablado de esto para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo». (16, 27) La paz es, por tanto don de Dios. La oración del salmista por la paz lo expresa con claridad. Su oración está basada en la promesa del Dios fiel de la alianza.

El justo ora: «Escúchame cuando te invoco, *Dios de mi justicia*; tú que en el aprieto me diste anchura, ten piedad de mí y escucha mi oración... En paz me acuesto y enseguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo» (Sal 4, 2.9) El salmista aclama al Señor que salva: «El Señor da fuerza a su pueblo, *el Señor bendice a su pueblo con la paz*». (29, 11) «Canten y se alegren los que desean mi justicia, repitan siempre: “Grande es el Señor que desea la paz de su siervo”». (35, 27) «Dios escucha mi voz: en paz rescata mi alma de la guerra que me hacen, porque son muchos contra mí». (55, 18-19) «Demasiado llevo viviendo con los que odian la paz. Cuando yo digo “Paz”, ellos dicen: “Guerra”». (120, 6-7) Desead la paz a Jerusalén: «Vivan seguros los que te aman, haya paz dentro de tus muros, seguridad en tus palacios». Por mis hermanos y compañeros, voy a decir: «La paz contigo». Por la casa del Señor, nuestro Dios, te deseo todo bien. (122, 6-9)

El salmista, por otra parte, pide que Dios sea el protector de Israel y azote de los malhechores. «Señor, concede bienes a los buenos, a los sinceros de corazón; y a los que se desvían por sendas tortuosas, que los rechace el Señor con los malhechores. ¡Paz a Israel!». (125, 4-5) «Esta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida; que veas a los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel!» (128, 4-6) «Glorifica al Señor, Jerusalén; alaba a tu Dios, Sión. Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas, y ha bendecido a tus hijos dentro de ti; ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina». (Sal 147, 12-14) El salmo *del rey mesías* expresa de maravilla la paz de Dios y su relación con la justicia.

Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes, para que rija a tu pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud. Que los montes traigan paz, y los collados justicia; defienda a los humildes del pueblo, socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador. Dure tanto como el sol, como la luna, de edad en edad. Baje como lluvia sobre el césped, como llovizna que empapa la tierra. En sus días florezca la justicia y la paz hasta que falte la luna; domine de mar a mar, del Gran Río al confín de la tierra. (Sal 72, 1-8)

Ahora bien, para acoger y gozar de la paz del Señor es preciso buscarla. «Venid, hijos, escuchadme: os instruiré en el temor del Señor. Hay alguien que ame la vida y desee días de prosperidad? Guarda tu lengua del mal, tus labios de la falsedad; apártate del mal, obra el bien, busca la paz y corre tras ella. Los ojos del Señor miran a los justos, sus oídos escuchan sus gritos; pero el Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria». (Sal 34, 13-17) «Aguarda un momento: desapareció el malvado, fíjate en su sitio: ya no está; en cambio, los sufridos poseen la tierra, y disfrutan de paz abundante. El malvado intriga contra el justo, rechina sus dientes contra él; pero el Señor se ríe de él, porque ve que le llega su hora». (37, 10-13) «Mucha paz tienen los que aman tu ley, y nada los hace tropezar; aguardo tu salvación, Señor, y cumplo tus mandatos». (119, 165-166) En una palabra, el pueblo está llamado a escuchar a Dios y caminar de acuerdo con su palabra.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. Voy a escuchar lo que dice el Señor: «**Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos y a los que se convierten de corazón**». La salvación está cerca de los que lo temen, y la gloria habitará en nuestra tierra; **la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan**; La fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo. El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia marchará ante él, y sus pasos señalarán el camino. (85, 8-14)

Este recorrido por los salmos muestra cómo la paz es don de Dios. Ella es mucho más que ausencia de guerra. Es plenitud de vida, dicha y bienestar, es la suma de bienes materiales y espirituales. Su recepción y cultivo implica una auténtica conversión del corazón. Puesto que la paz es obra del Dios justo y salvador, el pueblo debe cultivar el temor de Dios y la justicia según Dios. La paz comporta relaciones fraternas entre los hombres en el marco de la alianza de Dios con su pueblo. La religiosidad de Israel se expresa bien en los sacrificios de comunión, en un banquete sagrado de encuentro pacífico en el Señor.

Los profetas anuncian la paz deseada. Hagamos un breve recorrido por el libro del profeta Isaías. El profeta anuncia al pueblo que «caminaba en tinieblas y habitaba en tierra y sombras de muerte», luz, libertad, alegría y paz. «Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: lleva a hombros el principado, y es su nombre: “Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de la paz”. Para dilatar el principado, con una paz sin límites, sobre le trono de David y sobre su reino. Para sostenerlo y consolidarlo en justicia y derecho, desde ahora y pro siempre. El celo del Señor del universo lo realizará». (Is 9, 1-6) Ya vimos antes el anuncio de las promesas de paz (cf. 11, 1-9)

El profeta invita a la acción de gracias y la esperanza, pues el Señor es su Roca y Libertador perpetuo:

Aquel día, se cantará este canto en la tierra de Judá: «Tenemos una ciudad fuerte, ha puesto para salvarla murallas y baluartes. Abrid las puertas para que entre un pueblo justo, que observa la lealtad; **su ánimo está firme y mantiene la paz, porque confía en ti**. Confiad siempre en el Señor, porque el Señor es la Roca perpetua. Doblegó a los habitantes de la altura, a la ciudad elevada; la abatirá, la abatirá hasta el suelo, hasta tocar el polvo. La

pisarán los pies, los pies del oprimido, los pasos de los pobres»... **Señor, tú nos darás la paz, porque todas nuestras empresas nos las realizarás tú**. (26, 1-6.12)

El profeta y poeta expresa cómo la paz será obra de la justicia.

Hasta que se derrame sobre nosotros un espíritu de lo alto, y el desierto se convierta en un vergel, y el vergel parezca un bosque. Habitará el derecho en el desierto, y habitará la justicia en el vergel. **La obra de la justicia será la paz, su fruto, reposo y confianza para siempre**. Mi pueblo habitará en moradas apacibles, en tiendas seguras, en tranquilos lugares de reposo; aunque sea abatido el bosque, aunque sea humillada la ciudad. Dichosos vosotros cuando sembréis junto a todos los cauces de agua y dejéis sueltos el toro y el asno. (32, 15-20)

La intervención de Dios hace que el pueblo encuentre el camino de la vida y la paz.

El Señor está cerca de los suyos: ¡Señor, en ti espera mi corazón!, que se reanime mi espíritu. Me has curado, me has hecho revivir, **la amargura se me volvió paz** cuando detuviste mi alma ante la tumba vacía y volviste la espalda a todos mis pecados. El abismo no te da gracias, ni la muerte te alaba, ni esperan en tu fidelidad los que bajan a la fosa. Los vivos, los vivos son quienes te alaban: como yo ahora. El padre enseña a sus hijos tu fidelidad. Sálvame, Señor, y tocaremos nuestras arpas todos nuestros días en la casa del Señor. (38, 16-20)

El Señor es quien construye la paz y la desgracia. Él es el único Señor de la historia. Es la fe del verdadero israelita.

Yo soy el Señor y no hay otro; fuera de mí no hay dios. Te pongo el cinturón, aunque no me conoces, para que sepan de Oriente a Occidente que no hay otro fuera de mí. Yo soy el Señor y no hay otro, el que forma la luz y crea las tinieblas; **yo construyo la paz** y creo la desgracia. Yo, el Señor, realizo todo esto. (45, 5-7)

El profeta de la consolación, evocando cómo Israel fue liberado de la esclavitud de Egipto y le dio a beber de la roca, anima a la esperanza en estos términos:

Esto dice el Señor, tu libertador, el Santo de Israel: «Yo, el Señor, tu Dios, te instruyo por tu bien, te marco el camino a seguir. Si hubieras atendido a mis mandatos, tu bienestar sería como un río, tu justicia como las olas del mar, tu descendencia como la arena, como sus granos, el fruto de tus entrañas; tu nombre no habría sido aniquilado, ni eliminado de mi presencia». ¡Salid de Babilonia, huid de los caldeos! Anunciadlo con gritos de júbilo, publicadlo y proclamadlo hasta el confín de la tierra. Decid: el Señor ha rescatado a su siervo Jacob. Los llevó por la estepa y no pasaron sed: hizo brotar agua de la roca, hendió la roca y brotó agua. **«No hay paz para los malvados»** —dice el Señor—. (48, 17-22)

El profeta proclama la promesa de la paz, el retorno de Israel del exilio, como un nuevo renacer del pueblo pobre y oprimido.

¡Despierta, despierta, vístete de tu fuerza, Sión; vístete el traje de gala, Jerusalén, ciudad santa!, porque no volverán a entrar en ti incircuncisos ni impuros. Sacúdete el polvo, ponte en pie, Jerusalén cautiva; desata las cuerdas de tu cuello, Sión cautiva... Por eso, mi pueblo reconocerá mi nombre. Un día sabrá que era yo quien decía “Estoy aquí”. ¡Qué hermosos son sobre los montes **los pies del mensajero que proclama la paz**, que anuncia la buena noticia, que pregona la justicia, que dice a Sión: «¡Tu Dios reina!». Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. (52, 1-8)

La alianza de Dios con su pueblo es una alianza de paz. «Aunque los montes cambiasen y vacilaran las colinas, no cambiaría mi amor, ni vacilaría mi alianza de paz —dice el Señor que te quiere—. (54, 10)

Bienaventurados los que trabajan por la paz

Ahora bien, el Señor lamenta: Israel «no se acoge a mi cuidado. ¡Que haga la paz conmigo! ¡Que conmigo haga la paz» (27, 5) El profeta llora por la infidelidad de Judá: «Mirad: los valientes gritan en la calle, los mensajeros de paz lloran amargamente; están destruidos los caminos y ya nadie transita los senderos. Ha roto la alianza, despreciado a los testigos, no respeta a la gente». (33, 7-8) El profeta dice con claridad: mientras los malhechores no podrán disfrutar del don de la paz, sí lo alcanzará el justo. «Perece el inocente sin que nadie haga caso. Desaparecen los hombres fieles y nadie advierte que la maldad acaba con el justo; pero él alcanzará la paz. Reposan en sus lechos quienes proceden rectamente». (57, 1-2) Y así el Señor consuela al pueblo sufriente.

Por su pecado de codicia me irrité y lo castigué; me oculté, me indigné. Pero él se rebeló y siguió sus caminos preferidos. Yo he visto sus caminos, pero lo voy a curar: lo consolaré, lo resarciré con consuelo, a él y a los que hacen duelo. Creo la paz como fruto de los labios: **«Paz al que está lejos y al que está cerca»** —dice el Señor—, y lo curaré. Los malvados son como el mar borrasco, que no puede calmarse: | sus aguas remueven cieno y lodo. «No hay paz para los malvados» —dice mi Dios—. (57, 17-21)

El profeta lamenta y denuncia la corrupción del pueblo que no conoce el camino de la paz.

Sus pies corren hacia el mal, tienen prisa por derramar sangre inocente; sus proyectos son proyectos criminales, desolación y ruina acompañan sus caminos. **No conocen el camino de la paz, el derecho está ausente de sus sendas, hacen tortuosos sus senderos, quien por ellos camina no conoce la paz.** Por eso está lejos de nosotros el derecho y la justicia no nos alcanza; esperamos la luz, llega la oscuridad; esperamos claridad y marchamos en tinieblas. (59, 7-9) En lugar de bronce, te traeré oro, en vez de hierro, plata; en vez de madera, bronce, y en vez de piedra, hierro; **te daré la paz por magistrado y como gobernante la justicia.** (60, 17)

El Señor del cielo y tierra anuncia su intervención en favor del pueblo rescatado del exilio, invitándole a la alegría y a poner su esperanza en él.

Porque así dice el Señor: **«Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz, como un torrente en crecida, las riquezas de las naciones.** Llevarán en brazos a sus criaturas y sobre las rodillas las acariciarán; como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo, y en Jerusalén seréis consolados. Al verlo, se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos florecerán como un prado, se manifestará a sus siervos la mano del Señor, y su ira a sus enemigos». (66, 12-14)

El Israel creyente, en una palabra, veía la fuente de la verdadera paz en la presencia del Dios de la alianza en medio de él. Ezequiel lo expresa de esta forma.

Haré con ellos una alianza de paz, una alianza eterna. Los estableceré, los multiplicaré y pondré entre ellos mi santuario para siempre; tendré mi morada junto a ellos, yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y reconocerán las naciones que yo soy el Señor que consagra a Israel, cuando esté mi santuario en medio de ellos para siempre». (Ez 37, 26-28)

Zacarías nos introduce en el Nuevo Testamento con el anuncio de la llegada del rey mesiánico, que proclama la paz a todos los pueblos y no sólo a Israel. Un rey, justo y triunfador, pobre y montado en un pollino.

¡Salta de gozo, Sión; alégrate, Jerusalén! Mira que viene tu rey, justo y triunfador, pobre y montado en un borrico, en un pollino de asna. Suprimirá los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén; **romperá el arco guerrero y proclamará la paz a los pueblos.** Su dominio irá de mar a mar, desde el Río hasta los extremos del país. (Zac 9, 9-10; cf. Mt 21, 1-8pp; Jn 12, 12-19)

II.- CRISTO ES NUESTRA PAZ

El Espíritu, por medio de Zacarías, padre del Bautista, canta cómo el Mesías guiará nuestros pasos por el camino de la paz, que ya habían anunciado los profetas. Jesús es el cumplimiento en la novedad de las profecías.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, **para guiar nuestros pasos por el camino de la paz**». (Lc 1, 78-79)

Una legión de ángeles canta así ante los pastores la buena nueva del nacimiento de Jesús: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». (2, 14) Y el anciano Simeón, hombre justo y piadoso, símbolo del pueblo de la alianza, impulsado por el Espíritu, bendijo a Dios diciendo: «**Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo ir en paz**. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel». El anciano, bendijo a María y anunció también que Jesús sería «**un signo de contradicción**» (2, 29-35)

Jesús despide a la pecadora arrepentida con estas palabras: «Tu fe te ha salvado, vete en paz». (7, 50) A la hemorroísa, que había gastado sus bienes en médicos, le dice: «Hija, tu fe te ha salvado». (8, 48) A los discípulos los envía en misión, con estas orientaciones:

¡Poneos en camino! Mirad que os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias; y no saludéis a nadie por el camino. Cuando entréis en una casa, decid primero: **“Paz a esta casa”**. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. (Lc 10, 3-6)

La paz que los discípulos deben vivir y comunicar a los pueblos, pero teniendo muy en cuenta esta verdad: la misión de Jesús conlleva la contradicción.

He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo! Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustia sufro hasta que se cumpla! **¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, sino división**. Desde ahora estarán divididos cinco en una casa: tres contra dos y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra su nuera y la nuera contra la suegra». (Lc 12, 49-53)

El deseo hondo de Jesús fue aportar la paz a la ciudad amada. Por ella lloró al verse rechazado. Paradoja. Jesús llora en un contexto muy significativo. Los discípulos lo aclamaban como el rey pacífico anunciado por el profeta. Los fariseos le piden reprender el entusiasmo de sus discípulos. Jesús llora ante la reacción de una ciudad que no abraza el camino que conduce a la verdadera paz.

Y, cuando se acercaba ya a la bajada del monte de los Olivos, la multitud de los discípulos, llenos de alegría, comenzaron a alabar a Dios a grandes voces por todos los milagros que habían visto, diciendo: «**¡Bendito el rey que viene en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en las alturas**». Algunos fariseos de entre la gente le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos». Y respondiendo, dijo: «Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras». Al acercarse y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía: «**¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz!** Pero ahora está escondido a tus ojos. Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiarán, apretarán el cerco de todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita». (Lc 19, 37-44)

Ahora bien, lo que conduce, en última instancia, a la paz es la Pascua de Jesús. Ahí se encuentra el verdadero manantial de la paz mesiánica. Resucitado de entre los muertos saluda a los discípulos reunidos con estas palabras: «**Paz a vosotros**». (24, 36; Jn 20, 19.21.26)

El evangelista san Juan nos da las claves para comprender este pequeño recorrido por el evangelio según san Lucas. Antes de pasar Jesús de este mundo al Padre dijo a sus discípulos en la intimidad del cenáculo: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón». (Jn 14, 27) Y cuando los discípulos dicen haber creído que él viene de parte de Dios,

Les contestó Jesús: «¿Ahora creéis? Pues mirad: está para llegar la hora, mejor, ya ha llegado, en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo. Pero no estoy solo, porque está conmigo el Padre. **Os he hablado de esto, para que encontréis la paz en mí. En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: yo he vencido al mundo**». (16, 31-33)

En casa de Cornelio, el centurión romano –no olvidemos que era la personalización del imperio opresor–, Pedro inició su discurso subrayando la paz anunciada por el Señor de todos. Un discurso verdaderamente revolucionario en su sencillez, si tenemos en cuenta el contexto religioso, social y político:

«Ahora comprendo con toda verdad que Dios no hace acepción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea. Envió su palabra a los hijos de Israel, anunciando **la Buena Nueva de la paz que traería Jesucristo**, el Señor de todos. (Hch 10, 34-36)

Gracia y paz es lo que desea el apóstol Pablo a sus comunidades. En la carta a los gálatas, afirma: la paz es fruto del Espíritu Santo. Al final de la carta se despide: «La paz y la misericordia de Dios vengán sobre todos los que se ajustan a esta norma; también sobre el Israel de Dios» (Gal 6, 16) A la comunidad de los colosenses les dice: «Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo. Sed también agradecidos». (Col 3, 15) En el himno de esta misma carta afirma cómo Dios reconcilia a la humanidad con él mediante la sangre de su Hijo: «Y por él y para él quiso reconciliar todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz». (Col 1, 20) En la carta a los efesios, el apóstol nos introduce de lleno en el don de la paz, en el «evangelio de la paz» (Ef 6, 15).

Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. **Él es nuestra paz**: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la hostilidad. **Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca**. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu. (Ef 2, 14-18)

En la carta a los filipenses, se nos habla del «Dios de la paz» y de «la paz de Dios». En otras partes, el apóstol invita a que las comunidades permanezcan en la paz del Señor. «Dios no es Dios de confusión sino de paz». (1Cor 14, 33) «En la medida de lo posible y en lo que dependa de vosotros, manteneos en paz con todo el mundo». (Rom 12, 18) El manantial de la paz se encuentra en la Trinidad. «Habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo». (Rom 5, 1). Espíritu Santo es el

que derrama el amor en nuestros corazones. «El deseo de la carne es muerte; en cambio el deseo del Espíritu, vida y paz». (Rom 8, 6) El camino a seguir para gozar del don de la paz es el «temor de Dios» (cf. Rom 3, 9-17) «Porque el reino de Dios no es comida y bebida, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo; el que sirve en esto a Cristo es grato a Dios, y acepto a los hombres. Así, pues, procuremos lo que favorece la paz y lo que contribuye a la edificación mutua». (Rom 14, 17-19)

En la oración, por tanto, el apóstol no cesa de suplicar el don de la paz que viene de Dios. «Que el Dios de la esperanza os **colme de alegría y de paz** viviendo vuestra fe, para que desbordéis de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo». (Rom 15, 13)

En una palabra. **Cristo es nuestra paz**. Somos y vivimos en él, como verdaderos hijos de Dios, hijos en el Hijo, si trabajamos por la paz de los hombres y mujeres con Dios y entre ellos. «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios». Jesucristo, una vez más, se presenta como la personalización de la bienaventuranza. Y así nos muestra el camino a seguir. Él es el camino.

III.- TRABAJAR POR LA PAZ EN EL MUNDO

Si Cristo es nuestra paz, como afirma la fe apostólica, todos los creyentes en él, estamos llamados a recibirla y cultivarla activamente en el mundo. La legión de los ángeles alababa a Dios ante los pastores, diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». Si deseamos glorificar a Dios, por tanto, la llamada universal a la santidad lleva consigo trabajar por la paz de acuerdo con la vocación, misión y gracia que cada uno recibe de él Señor.

La paz en el seno de nuestras familias, sociedades, culturas, pueblos, comunidades y corazones depende de todos y cada uno de nosotros. Acoger el don de la paz es un desafío tarea permanente para la humanidad. El don de la paz se nos ha confiado de manera particular a los seguidores de Jesús. ¿Qué hacer para cultivarlo? Pues bien, antes de ofrecer algunos puntos de lo que estamos llamados a vivir de forma positiva, conviene tener presente lo que Jesús nos dijo en su discurso-testamento en el momento de pasar de este mundo al Padre.

Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya, pero como no sois del mundo, sino que yo os he escogido sacándoos del mundo, por eso el mundo os odia. Recordad lo que os dije: “No es el siervo más que su amo”. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Y todo eso lo harán con vosotros a causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió. (Jn 15, 18-21)

Estamos llamados a trabajar por la paz, siendo conscientes que nos vamos a encontrar con la persecución. El trigo y la cizaña crecen juntos, incluso en nuestros corazones. No se pueden acoger los dones de Dios desde el confort o la ingenuidad. Las bienaventuranzas son «una promesa dirigida a los que se dejan guiar por las exigencias de la verdad, la justicia y el amor». Ya desde ahora se nos promete la dicha de ser hijos de Dios si trabajamos por la paz. Como anunció el profeta la paz mesiánica es don de Dios y tarea del ser humano. El trabajo por la paz *comporta la construcción de una convivencia basada en la verdad, la libertad, el amor y la justicia* (Juan XXIII). Jesús, mediante la cruz, derribó el

muro de la enemistad. Nuestros pecados, personales y colectivos, de egoísmo, codicia, odio, injusticia, violencia... etc., tienden a reconstruir el muro. ¡Convertíos y creed en el Evangelio!

1.- La oración por la paz.

Puesto que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, debemos tener muy presente que «la vocación innata de la humanidad es la paz». En efecto, Dios creó al hombre para la comunión y armonía con él, con los otros y con lo creado. Ahora bien, la acogida del don de la paz, así como su cultivo, exigen un corazón nuevo. Un corazón que acoge la verdad de Dios y del hombre. La mentira, lejos de construir una paz estable y verdadera, la destruye.

De ahí la importancia de orar para recibir la verdad del Señor que es la fuerza de la paz. Sólo la verdad nos hace libres, para acoger el don de la paz como tarea permanente. Sólo el encuentro con el Señor nos capacita para trabajar por la paz verdadera, para destruir el muro de la enemistad entre los pueblos como lo hiciera en la cruz. «Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces». La auténtica oración por la paz nos introduce en el camino seguido por Jesús para instaurar la paz, es una oración que va modelando nuestro corazón «para acercarnos al Padre por medio de él (Jesucristo) en un mismo Espíritu». Es una oración que alzamos al Padre como hijos, como miembros de la familia de Dios. La oración, si es auténtica, abre a una solidaridad universal, a una real fraternidad.

2.- El trabajo por la justicia

La paz está siempre amenazada por la injusticia e iniquidad de unos y otros. Pablo VI, en consonancia con el mensaje bíblico, afirmó: «Si quieres la paz trabaja por la justicia». Ahora bien, el don de la paz no viene de la fuerza, la violencia, la venganza o la preparación de la guerra, sino del amor crucificado en la Cruz. No existe justicia sin perdón. Cuando no existe un real perdón, la violencia y afán de venganza, renace en el corazón de las personas y los pueblos. De la paz del corazón nace la paz para todos. Desarrollo y solidaridad.

El trabajo por la justicia y la paz, si brota de un corazón nuevo, exige de nosotros, personal y comunitariamente, salir al encuentro del pobre y desvalido, en lugar de encerrarnos en nuestras fragilidades y limitaciones. La paz verdadera exige combatir la pobreza en la medida que impide la vocación trascendente de la persona de los pobres. Ante el problema de la emigración, por ejemplo, Juan Pablo II defendió «el derecho a emigrar y a no emigrar». Con ello quería insistir que la paz no consiste sólo en eliminar fronteras, sino en trabajar para que todos los pueblos tengan la posibilidad de ofrecer a sus hijos e hijas los medios necesarios para desarrollar su vocación y misión de forma digna.

En esta misma perspectiva es importante trabajar para que las minorías sean respetadas. Y esto implica respetar sus culturas. Evangelizar las culturas e in-culturar el Evangelio es también el camino para cultivar el don de la paz. Misión de la Iglesia es anunciar el Evangelio de la paz y trabajar desde dentro, para que la sociedad secular se dote de estructuras que fomenten la paz de las personas, comunidades, culturas y pueblos. Los Institutos Seculares deben trabajar en esta dirección. ¡No al ojo por ojo!

3.- El trabajo por la reconciliación

La memoria sin perdón, como comprobamos con dolor, en lugar de ser camino de paz y reconciliación, termina por atizar el odio y el deseo de venganza entre los pueblos y los ciudadanos de una misma nación, poniendo así en peligro la paz. Así lo recuerda la historia

Bienaventurados los que trabajan por la paz

lejana y cercana de nuestros días. Y esto es verdad a todos los niveles: familiar, social y nacional; incluso es verdad a nivel personal. Cuando no nos perdonamos, como Dios nos perdona, no encontramos la paz en nuestro interior. El perdón se nos da y se ofrece, para recrear la paz. Dios, la fuente del amor y la justicia, no cesa de tomar la iniciativa para reconciliarnos con él. «Habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo». (Rom 5, 1) Esta verdad no deja de interpelarnos sobre nuestra manera de transfigurar las relaciones de las personas, pueblos y culturas con la fuerza de los pacíficos. Somos hijos en el Hijo si trabajamos por la reconciliación, por la paz. Estamos animados por el Espíritu y sus dones en la medida que hacemos posible la comunión y la paz. El perdón es la expresión de amar y amarnos con el amor de Cristo. Ofrece el perdón, recibe la paz.

En la Eucaristía rezamos todos los días una preciosa oración para introducir el rito de la paz, para recibir el don de la paz y cultivarlo.

Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: 'La paz os dejo, mi paz os doy', no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia y, conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

El «amén» es la expresión de nuestra esperanza y compromiso, para recibir el don y ser artesanos de paz en lo cotidiano. El signo de paz que nos damos fraternalmente –«daos la paz como hermanos»– postula abrazar a todo hombre y mujer como verdaderos hermanos en Cristo. Hijos en el Hijo. Miembros de su Cuerpo.

4.- Educar para la paz: un compromiso siempre actual.

Los consagrados en la secularidad estamos llamados a hablar y actuar de acuerdo con la fuerza las bienaventuranzas, en particular si queremos revelar a «Cristo como nuestra paz». En el mundo y desde el mundo debemos poner el mayor empeño para educar a los que nos rodean a fin que amen la paz, la construyan y defiendan, de acuerdo con la dinámica propia del amor y el sacrificio, a los que antes apuntaba evocando a Juan XXIII. «Los mensajes de la paz», que los Papas nos dirigen para el día primero del año, desde su inauguración por Pablo VI, no cesan de invitarnos a educar en esta perspectiva. Juan Pablo II insistió en la importancia de cultivar una verdadera espiritualidad de la comunión..

Educar para la paz es una tarea cotidiana. Los niños y jóvenes, los adultos y ancianos, todos necesitamos aprender a valorar la paz y a desenmascarar todo lo que contribuye a levantar el muro de la enemistad tanto en el seno de la familia, sociedad, cultura y pueblos de la tierra. La búsqueda de quedar por encima de los demás, el nacionalismo exacerbado, el racismo, la mentira, el espíritu de venganza, la codicia, la envidia... etc. minan desde dentro la acogida y el cultivo del don de la paz.

El concilio Vaticano II recordó la importancia de educar para el servicio al bien común y esto no se ha tenido bastante en cuenta. Es curioso el olvido de esta orientación conciliar:

Hay que prestar gran atención a la educación cívica y política, que hoy día es particularmente necesaria para el pueblo, y, sobre todo para la juventud, a fin de que todos los ciudadanos puedan cumplir su misión en la vida de la comunidad política. Quienes son o pueden llegar a ser capaces de ejercer este arte tan difícil y tan noble que es la política, prepárense para ella y procuren ejercitarla con olvido del propio interés y de toda ganancia venal. Luchen con integridad moral y con prudencia contra la injusticia y la opresión, contra la intolerancia y el absolutismo de un solo hombre o de un solo partido político;

conságrense con sinceridad y rectitud, más aún, con caridad y fortaleza política, al servicio de todos. (GS 75)

5.- Todos hermanos

La solidaridad en el pueblo de Israel brotaba de la alianza de Dios con él. La paz escatológica entre los pueblos y en el seno del pueblo elegido es fruto del Señor y del cumplimiento de su ley. Por ello la paz forma parte del anuncio mesiánico (cf. Is 2, 2-5; Prov 12, 20). Todo israelita, por otra parte, participaba del título honorífico de hijo de Dios. (cf. Dt 14, 1ss; Os 2, 1ss) Los velados anuncios proféticos se han cumplido plena y novedosamente en Cristo, Jesús, en quien todos somos hermanos.

Para concluir esta meditación, me limito a citar el primer párrafo de la encíclica del Papa Francisco «sobre la fraternidad y la amistad social:

«Fratelli tutti», escribía san Francisco de Asís para dirigirse a todos los hermanos y las hermanas, y proponerles una forma de vida con sabor a Evangelio. De esos consejos quiero destacar uno donde invita a un amor que va más allá de las barreras de la geografía y del espacio. Allí declara feliz a quien ame al otro «tanto a su hermano cuando está lejos de él como cuando está junto a él». Con estas pocas y sencillas palabras expresó lo esencial de una fraternidad abierta, que permite reconocer, valorar y amar a cada persona más allá de la cercanía física, más allá del lugar del universo donde haya nacido o donde habite.

¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz!
Que allí donde haya odio, ponga yo amor;
donde haya ofensa, ponga yo perdón;
donde haya discordia, ponga yo unión;
donde haya error, ponga yo verdad;
donde haya duda, ponga yo fe;
donde haya desesperación, ponga yo esperanza;
donde haya tinieblas, ponga yo luz;
donde haya tristeza, ponga yo alegría

¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto
ser consolado como consolar;
ser comprendido, como comprender;
ser amado, como amar.

Porque dando es como se recibe;
olvidando, como se encuentra;
perdonando, como se es perdonado;
muriendo, como se resucita a la vida eterna.